



EL CRISTO DE LA BARONESA

VERÁS allí preciosidades artísticas— me dijo Boisrené—, vente conmigo.

Y me llevó al primer piso de una hermosa casa en una de las mejores calles de París. Nos recibió un hombre muy correcto, de modales distinguidos, y nos hizo recorrer varias habitaciones llenas de objetos raros, cuyos precios decía con particular negligencia. Las cifras diez, veinte, cuarenta mil francos eran pronunciadas como si nada representasen para el vendedor, persona de buen trato y muy acaudalado sin duda.

Yo le conocía de nombre. Diestro, acomodaticio, inteligente, servía de intermediario en muchas transacciones. En correspondencia con los coleccionistas más afortunados y ricos de París, y algunos de toda Europa y de América también, conociendo los gustos ó las preferencias de cada cual, por carta ó

por telégrafo les avisaba cuando se ofrecía un objeto que pudiera convenirles.

Hombres de lo más encopetado habían recurrido á él en momentos de apuro, ya para cubrir oportunamente deudas contraídas en el juego, ya para vender un cuadro, una joya de familia, un tapiz, y hasta un caballo y una finca en urgencias de crisis agudas.

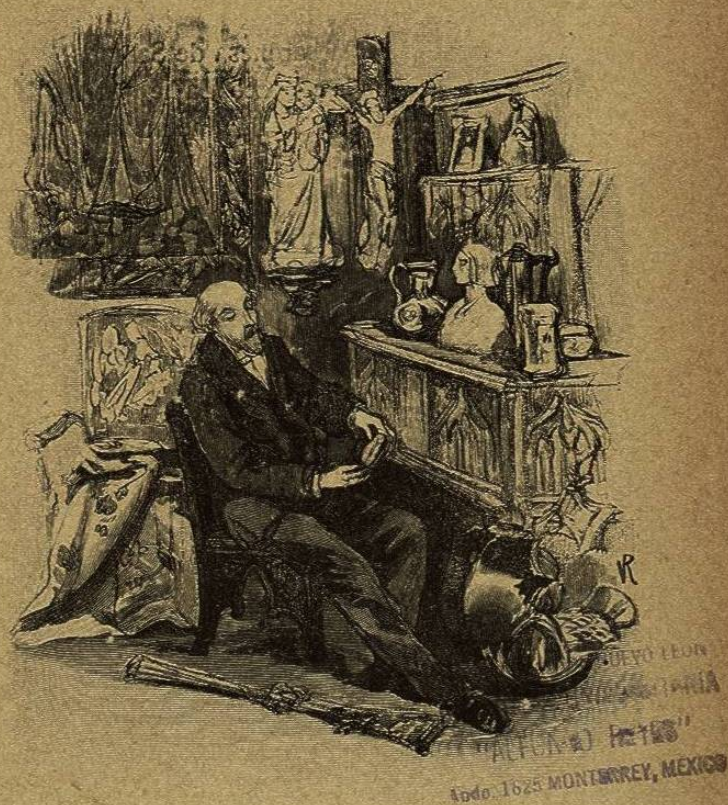
En tales ocasiones, viendo alguna esperanza de lucro, nunca negaba un servicio.

Boisrené tenía sin duda intimidad con el extraño comerciante. Debió haber tratado con él más de un asunto. Yo le miraba con mucho interés.

Era delgado, alto, calvo, elegante. Su voz era suave, persuasiva, con un atractivo particular, un timbre que realzaba el valor de las cosas. Cuando tenía un objeto curioso entre sus manos, lo volvía una y otra vez, haciéndolo girar de cierta manera, y mirándolo con tanta simpatía, que le comunicaba interés, embelleciéndolo, transformándolo con sus dedos y con sus ojos. Y en seguida el objeto aquel era estimado en más que antes de salir de la vitrina.

—¿Y el Cristo—preguntó Boisrené—, aquel hermoso Cristo del Renacimiento?

El hombre, sonriendo, contestó:



—Está vendido, y en forma extraña. Es una historia parisién, una historia singular. ¿Quieren que se la refiera?

—Sin duda.

—¿Conoce usted á la baronesa de Samoris?

—La conozco y no la conozco. La he visto un día solamente..., pero ya sé de quién me habla.

—Lo dudo.

—Sí, ya sé.

—¿Quiere usted decirme lo que supone, para que le diga yo si se equivoca?

—La señora de Samoris tiene una hija, cuyo padre no fué conocido nunca. Es muy posible que fuera casada; pero es muy seguro que tiene sus amantes muy discretamente, y es recibida en una sociedad tolerante ó ciega. Frecuenta las funciones religiosas, recibe los Sacramentos con mucha unción y no se compromete jamás. Espera conseguirle á su hija un matrimonio de ventaja. ¿No es eso?

—Eso es; pero yo completaré sus noticias. La baronesa es una mujer entretenida que se hace respetar por sus amantes más que si no se acostase con ellos. ¡Una extraña condición! Así obtiene cuanto se propone. Cuando se fija en uno, éste la enamora mucho tiempo, la desea con timidez, la solicita pudorosamente, la consigue asombrado y la goza con respeto. El no se da cuenta de que paga; de tal modo ella se porta. Y mantiene sus relaciones con tal reserva, dignidad y distinción, que al

salir un hombre de su lecho, abofetearía fieramente al que dudara un instante de la virtud de la señora; y todo con la más absoluta buena fe.

Algunas veces la serví, y ella no tiene secretos conmigo.

En los primeros días de Enero vino á pedirme treinta mil francos. Claro que no se los di; pero como deseaba complacerla; hice que me refiriera sus apuros para estudiar el medio posible de ayudarla.

Me lo dijo todo con tales reservas de lenguaje, con tanta delicadeza, como si me hubiese contado la primera comunión de su hija. Comprendí que sus negocios iban mal y que no tenía un cuarto.

La crisis mercantil y las inquietudes políticas alentadas por el Gobierno expresamente, los temores de guerra, la escasez de recursos, habían hecho al dinero temeroso hasta en las manos de los amantes; y aquella mujer no podía entregarse á cualquiera.

Necesitaba un hombre de buena sociedad, aristócrata, que diera validez á su reputación y atendiese á sus necesidades cotidianas. Un vividor, aun siendo muy rico, la comprometería para siempre, haciendo problemático el casamiento de la niña. Tampoco podía contar con las agencias galantes,

cuya mediación deshonrosa pudiera, durante algún tiempo, sacarla de apuros.

Pero debía sostener su casa, seguir aguardando



en su elegante salón al amante discreto elegido entre sus visitas.

Le hice notar que mis treinta mil francos volve-

rían difícilmente á mis manos desde que pasaran á las suyas, porque, una vez consumidos, necesitaba recibir lo menos sesenta mil para darme la mitad.

Pareció desconsolada por mis reflexiones; y yo no sabía ya qué proponerle, cuando una idea, una idea verdaderamente genial, brotó en mi cerebro.

Acababa de adquirir el Cristo del Renacimiento que vió usted, una hermosa escultura, lo mejor en su género que se puede imaginar.

—Amiga—le dije—, enviaré á su casa esta joya de marfil. Usted inventará una historia bien tramada, conmovedora, poética, para explicar la precisión de venderlo. Es, ¡claro está!, una herencia de familia. Yo recomendaré algunos compradores, acompañando á otros yo mismo. Lo demás corre de cuenta de usted, enterada por mí de la situación de cada personaje desde la víspera. El Cristo vale cincuenta mil francos; pero lo dejo en treinta mil. Saque usted lo que pueda.

Reflexionó algunos instantes muy preocupada, y luego dijo:

—Sí; acaso es una excelente idea. Se lo agradezco mucho.

Al día siguiente ya estaba el Cristo en su casa, y por la tarde fué á verlo el barón del Hospital.

Durante algún tiempo envié á la señora de Sa-

moris lo más florido y selecto de mi clientela. Pero no tuve noticias.

Habiéndome visitado un día un extranjero que



hablaba muy mal en francés, me decidí á llevarle á casa de la baronesa para ver el Cristo.

Un lacayo vestido de negro nos hizo pasar á un elegante salón, á media luz, bien amueblado, y allí aguardamos. Apareció encantadora, tendiéndome una mano, y nos invitó á que tomáramos asiento.

Cuando le hube explicado el motivo de mi visita, tocó un timbre.

—Que le digan á usted—ordenó al lacayo—si se puede pasar al oratorio de la señorita Isabel.

La hija de la baronesa entró á dar la respuesta con expresión tímida y bondadosa. Tenía quince años y todo el atractivo de su lozana juventud.

Quiso guiarnos hasta su oratorio ella misma.

El oratorio era una especie de gabinetito piadoso, donde ardía una lámpara de plata delante de un Cristo de marfil, mi Cristo del Renacimiento, echado sobre un almohadón de terciopelo negro. La presentación era interesante y expresiva.

La niña se persignó en silencio, y después dijo: —¿Les gusta?

Yo cogí el objeto, la joya de arte, y examinándola detenidamente, la juzgué notabilísima. El extranjero lo examinaba también todo, pero sin duda le preocuparon más que mi Cristo las dos mujeres.

Era muy agradable aquel rinconcito; respirábase allí emanaciones de incienso, de flores, de perfumes. Era un encanto. Y toda la casa, muy bien dispuesta, convidaba con su grato silencio al bienestar.

Cuando volvimos al salón, abordé con suma de-

licadeza un asunto inevitable; ¿qué precio...? La señora de Samoris pronunció, bajando los ojos:



—Cincuenta mil francos.

Luego añadió:

—Si desea usted verlo más detenidamente, antes

de las tres nos hallará en casa todos los días.

En la calle me pidió el extranjero noticias de la baronesa, que le había parecido una mujer encantadora. Pero en adelante nada supe de ninguno de los dos.

Pasaba tiempo, y una mañana (debe hacer quince días), á la hora de almorzar, entró la baronesa en mi comedor, poniendo en mis manos una cartera, y me dijo:

—Es usted un ángel. Ahí tiene sus cincuenta mil francos; me quedo con el Cristo, y pago veinte mil francos más de lo convenido, á condición de que siga usted enviándome siempre, siempre... nuevos compradores... porque... aún lo tengo en venta...

